

Tutilifioqui

“...y vecinas que aún no entienden que ha pasado en este barrio, tan tranquilo y tan callado, y quién dio la orden de cambiar el mundo”.

La casa desaparecida – Fito Páez

Se despiden despacio, con una demora anticipada. Han hablado ya, la noche anterior, de la imposibilidad de intercambiar números, pero en el amanecer ninguno de los dos parece conforme con la decisión. Por eso la demora, la imprecisa manera de enunciar las palabras que la llevan a abandonar la cama, penetrar en el baño contiguo y pedirle ayuda para exprimir el dentífrico, soy torpe con las manos, la ceja levantada de él, en un gesto irónico, la sonrisa de ambos, y un sexo mañanero despojado de la urgencia de ayer, del deseo de agradar a toda costa, un sexo que les va robando las ganas de asistir a la Universidad, al trabajo, inventarán algo después, pensarán en ello cuando descansen al amparo de un cigarrillo, y ríe a pleno pulmón por las ocurrencias de él, la profesora no me va a creer que a mi abuela le ha salido una espinaca en la península y he tenido que acompañarla al hospital, boludo, y lanzársele encima con la almohada, dispuesta al juego de la asfixia que ocasiona una quemadura leve, cercana a la areola del pezón izquierdo, la saliva de él intentando consolar la mancha, un puchero de ella, la evocación de un conjuro infantil y la sonrisa, se van descubriendo con ternura, no me toqués ahí, que me hacés cosquillas, se cartografían los cuerpos y las intenciones, se palpan, se dinamitan las costumbres a lo largo de las primeras semanas hasta que acomoda sus vinilos de Ray Charles junto a los de él, tan Rodolfo Mederos, y él acomoda el humo de su cigarrillo al asma contraria de ella, sin saberlo crean sus rutinas, se van introduciendo en los respectivos dramas

familiares, el primer invierno juntos, las disputas por la cobija más acolchada, la lluvia puta, no digás puñetas, Eduardo, que te va a escuchar, le recrimina, y se palpa el vientre, entonces el abrazo enorme como la noticia e irse conociendo otra vez, en esas escaramuzas de los antojos a deshora, de enviarlo a la Universidad a tomar dictado de las conferencias más importantes bajo la concesión de los profesores, que sonríen ante su despiste y lo convidan a un cafecito acá, al doblar la esquina, lo taquígrafió todo, sí, sí, acá está todo, Claudia es una valiente, nosotros la vamos a apoyar, no se preocupe, y asistir al crecimiento del misterio, qué querés que sea, no sé, pero si sale pibe le ponemos Homero, y será cantante de tangos, la madre soy yo, te lo recuerdo, y se ríe, se ríe interminablemente y accede, está bien, pero si sale mina se llamará Vida, pero qué es eso, mujer, qué decís, cómo que Vida, pues se llamará Vida, pelotudo, a ti no te parece que en medio de todo este quilombo de país será bonito ir por la calle de la mano con un pedacito de Vida, con un trocito de la mano de Vida, y deciden brindar, ella con agua, después de los ocho meses no podés tomar vino, lo sabés, sí, lo sé, tutilifioqui que sos, con ese vaso enorme que te has servido, todo lo querés a lo grande, pero claro, por eso te recibí acá, no creés, y bromear con la idea de su primera novela, enviarla a Europa, vos verás que tanto tableteo en esa Olivetti tuya sirve de algo, pero recordá que mañana tenés que tomar Francés, y Eduardo, indispueto por el alcohol, llega al salón un poco tarde, lo encuentra en clausura, todos ausentes, y al regresar a casa, la puerta colgada de un solo gozne, rota. Y Claudia desaparecida.



TRANSCRIPCIÓN DE LA DECLARACIÓN DEL EXPEDIENTE 512, TESTIGO, TOMADA DURANTE EL JUICIO DE LA CAUSA Nº 13/1984, CON FECHA 30 DE ABRIL DE 1984, SÉPTIMA JORNADA.

J: Señora Ángela, le hago saber que su declaración será dada bajo juramento. ¿Jura decir la verdad en todo cuanto supiere y fuera preguntada?

Á: Sí, juro.

J: Señora Ángela, en su declaración previa a esta comparecencia, recogida por el fiscal adjunto Luis Moreno Ocampo, en presencia del fiscal principal Julio César Strassera, Usted afirma que estuvo detenida en contra de su voluntad en la Escuela de Mecánica de la Armada, durante los meses comprendidos entre febrero y mayo de 1979. ¿Es eso correcto?

Á: Sí, señor Juez, es correcto.

J: ¿Cómo fue que llegó a esa situación, señora Ángela? ¿Puede darnos detalles?

Á: En la mañana del dos de febrero de 1979, yo venía regresando de la Universidad a casa y al doblar por Aguilar, ya casi en el barrio de Palermo, me colocaron un pullover sobre la cara y me introdujeron a la fuerza en un auto, señor Juez. Fui trasladada en el piso, mientras me sometían a puntapiés, entre risas, nunca supe cuántos eran. Después de un rato eterno, el auto se detuvo y me levantaron como a un fardo, yo estaba en shock, no podía respirar bien por la tela del pullover, recuerdo que era bastante gruesa, y me condujeron entre empujones y caídas al interior de un edificio que, según supe después, era el de esta Escuela de Mecánica de la Armada. Así fue que llegué allí.

J: ¿Tuvo Usted alguna relación con el movimiento guerrillero, señora Ángela?

Á: No, nunca. Algunos de mis compañeros de aula sí, todos nosotros lo sabíamos, pero nadie hablaba de ello en público. Los estudiantes vivimos una época de terror, en aquel entonces.

J: ¿Y por qué cree Usted que la detuvieron, señora Ángela?

Á: Mire que Usted me hace esa pregunta, y yo no sé qué responderle. No supe responderles a los interrogadores de la Escuela, que igual me preguntaban, vos por qué creés que estás acá, y yo creo que ellos sabían que yo no tenía nada que responder, después de los primeros dos meses, después de todas las torturas y humillaciones. No sé, no sé por qué me detuvieron. Alguien se fijó en mí, algún delator al que rechacé, no lo sé. Como ya le dije al fiscal Moreno Ocampo, en Buenos Aires se vivía un día detrás de otro, y nadie hacía planes, para nada. Daban mala suerte, los planes.

J: ¿Qué la hizo presentarse a declarar, señora Ángela? Tengo entendido que vive en la provincia de Tucumán desde mayo de 1979, cuando logra salir de la Escuela de Mecánica de la Armada.

Á: Disculpe que me extienda un poco en mi respuesta, señor Juez, pero necesita saber que yo no estoy acá por mí, sino en memoria de otra persona, una amiga de la Universidad, Claudia Vázquez. Entre las humillaciones a las que fui sometida, una de ellas era la de salir desnuda de mi celda, temprano en la mañana, gatear por todo el pasillo del tercer piso y bajar hasta la sala de torturas, en el sótano, donde me esperaban los oficiales para que les limpiase sus botas a lametones. Es increíble lo rápido que se acostumbra una persona a la indignidad, cuando la resistencia supone exponerse a la muerte, o aún peor. Porque un disparo, así, de un pestañazo, es una muerte rápida, económica. Pero ninguno de los que pasó por la Escuela murió de un disparo, eso se lo puedo asegurar. Vi a hombres y mujeres, conocidos de las calles del Buenos Aires de aquella época, algunos, ser violados, amputados, quemados. La propia Claudia, que llegó a principios de mayo, llegó empapada de sangre y con su hija en brazos, el cordón umbilical alrededor del cuello. Llegó desnuda, casi cayéndose, tuvo las labores de parto en el patio interior de la Escuela, cuando la lanzaron fuera del auto como a un animal. Alguien la delató, porque ella sí era valiente, pasaba mensajes a los guerrilleros, se comprometía. Por suerte la niña nació

sana, y hasta ahora, solo uno que otro resfriado. Por ella declaro, me enteré de que iban a televisar estos juicios, a transmitirlos por la radio, y se me ocurrió que el padre pudiera verlos, identificar a su hija. Porque a Claudia no le dieron tiempo para decir nada. Como ya sabían quién era, lo que hacía, fueron sádicos con ella.

J: ¿Puede Usted describir lo sucedido con Claudia Vázquez, señorita Ángela?

Á: El primer día después de su llegada, la sacaron de la celda, le hicieron dejar la niña adentro, sola a la pobre criatura. Yo terminaba ya con las botas de Azic, pero también estaban de turno Fotea, Cavallo y Rádice. Ellos se llamaban por sus nombres, no temían nada. Allí se sentían libres de cometer cualquier atrocidad, y cuando Claudia entró al sótano, sonrieron, los cuatro. Lo recuerdo porque Cavallo disfrutaba golpearme con una fusta de cuero negro en las nalgas, y se detuvo por un momento, y en ese momento miré hacia arriba. No creo que olvide sus caras, las expresiones de sus rostros, jamás. Rádice se levantó, y la condujo del brazo con una cortesía fingida hasta uno de los sillones del sótano, uno de los sillones para las torturas. Claudia estaba débil, había perdido mucha sangre el día anterior. Entre Rádice y Cavallo la amarraron al sillón. Fotea se acercó a ella, y comenzó a succionarle un seno, hinchado por la lactancia. Azic se agarró del otro, mientras Cavallo la desnudaba y Rádice esperaba a que terminasen alguno de los dos. Dejadme morfar, les decía. Yo estaba allí, pero sin existir, para ellos. Era solo un objeto más, parte del mobiliario. Me quedé desnuda, tirada en el piso, mirando como a Claudia le daban picana en el clítoris, en el ano, en los pezones, en los labios. Vi a Fotea introducirle un cilindro de vidrio en la vagina, creando un túnel visible entre el cuerpo torturado y una caja de ratones hambrientos, que al calor de los mecheros que Azic y Rádice mantenían encendidos en su extremo, invadieron rápidamente el interior de la mujer, desgarrándola con las uñas, con los dientes. Dejé de escuchar los gritos, no recuerdo cuando. Eso me sorprendió, hasta que entendí que en algún momento de mi

horror alguno le había cortado la lengua, con una de las tenazas al rojo vivo que utilizaban para cauterizar la herida al instante. No querían que hablara. Nunca quisieron que hablara. Tampoco querían saber nada. La torturaron hasta que murió. Al día siguiente, otro oficial me entregó a la niña, me condujeron hasta la puerta de la Escuela de Mecánica de la Armada, y me dejaron ir.

J: Señora Ángela, ¿debo entender que Usted afirma que, en el mes de mayo de 1979, los oficiales Azic, Cavallo, Fotea y Rádice causaron la muerte a Claudia Vázquez, mediante varias torturas, en el sótano de la Escuela de Mecánica de la Armada?

Á: Sí, señor Juez. Así es.

J: Muchas gracias por su declaración, señora Ángela.



Se resiste a pensar lo peor, no hay motivo, se dice. Regresa a la facultad de Sociales, en Constitución, y por el camino pregunta a todos, no, no la hemos visto, pasó algo, no sé, la puerta en casa estaba rota y así atraviesa Parque Chacabuco, Boedo y San Cristóbal, encuentra al profesor Lacalle, Eduardo qué pálido, Claudia, Claudia, no está acá, y Lacalle lo toma del brazo, lo lleva a su despacho, dime, cómo fue, no sé, llegué y ni rastro de ella, vos no sabías, saber qué, qué hay que saber, y conocer otra arista de esa muchacha, su compañera, vivían juntos, casi un año ya, y comprende que sabe muy poco de ella, el profesor lo anima, seguro que salió cerca, y algún chabón aprovecha, siempre aprovechan, sabés que estos tiempos son una locura, pero él entiende que son solo palabras, palabras que maquillan un horror que no se permite demostrar Lacalle.

La casa sigue igual, ningún vecino se acerca, y toma eso también como un aviso. Flores es un barrio tranquilo, clase media alta, aquí nadie se mete en la vida del otro. Recoloca la puerta, va a lavarse a la cocina. Cuando el agua fría hace contacto con sus manos, le

cae encima toda la gravedad del suceso, lo tumba como el *jab* de un boxeador de oficio. Su mujer, la madre de su hijo, de su hija, no lo sabe, y llora. Denuncia la desaparición en la comisaría, los oficiales le preguntan poco, lo despiden con brevedad, estamos en ello, dicen. De regreso, recorre Flores por completo, cada calle, cada negocio, se desespera, llora otra vez. Al llegar a casa, por tercera vez en el día, no entra. Apoya la frente en la puerta cerrada, me he quedado encerrado en el mundo, ya no pertenezco acá, piensa. Sin Claudia, sin el calor de Claudia, esta casa no tiene sentido, y dedica el resto de la semana a una investigación sin consecuencias prácticas. El primer día decide ir al este, ampliar el trayecto de la muchacha rumbo a la Universidad, y así transita Caballito, Almagro, Balvanera, y llega hasta Recoleta y Retiro. un poco al norte. A media tarde, después de atravesar San Nicolás y Monserrat, se sienta en una banca de Puerto Madero, la misma banca en la que cuatro meses atrás se sentó con ella, y trata de recordar algún detalle, algún indicio, un nombre. La fuga, la traición, le parecen probabilidades insensatas. Juega con las costuras de todas las explicaciones posibles, pero la opción más dolorosa es la más acertada: una de las patotas que operan en Buenos Aires se ha llevado a su mujer, a su mujer que le guardaba el secreto, para protegerlo, de la colaboración con la guerrilla, desde su aula, en la Universidad. Regresa atravesando San Telmo, La Boca, Barracas, el propio Constitución, Parque Patricios y Nueva Pompeya. Algunos tenderetes le devuelven a Claudia, en un regateo amigable con los vendedores, un diálogo fugaz con los libreros de viejo, pero es una devolución de la memoria, no de la realidad. Se lanza sobre la cama y el día siguiente lo sorprende despierto. Esta vez se dirige hacia el sur, trata de proceder lógicamente, en el sentido de las agujas del reloj, para darle algún orden al caos, al dolor. Así recorre Villa Soldati, Villa Riachuelo, Villa Lugano, Mataderos y Parque Avellaneda, preguntando en cada calle, en cada avenida, en cada pequeña tienda. No, no la hemos visto, lo siento, estaré al tanto. Cuando regresa, los padres de Claudia

lo esperan en el portal, nerviosos. En qué hospital está, Eduardo, por qué no nos avisaron, la labor de parto, llamé en la mañana y me puse nerviosa, dice la madre, a todos los hospitales de Buenos Aires y nada, qué pasó, claro, qué gil que soy, los hospitales, pero esa esperanza se enciende y se apaga. Explica la puerta, la Universidad, y entonces Claudia desaparece de nuevo, una tercera vez, en el llanto de su madre. La tarde avanza, la noche cae como un cuchillo hambriento. Las primeras cuarenta y ocho horas de una desaparición son cruciales, dice el padre. Se marchan, y al día siguiente rumbo Oeste, caminar Floresta, Vélez Sársfield, Villa Luro, Liniers, Versalles y Monte Castro, los barrios por donde más paseaban, los de vestidos más bonitos sobre el talle y los mejores recuerdos, en la tarde Villa Real, Villa Devoto, Villa del Parque y Villa Santa Rita, para regresar a Flores con la misma novedad vacía. Se prepara un refrigerio. Toma un baño caliente. Actúa de manera mecánica, pensando en la mañana que se avecina, en los días siguientes, en Villa General Mitre, La Paternal, Agronomía, Villa Pueyrredón, esos barrios que tampoco le devolverán a Claudia, en Parque Chas, Villa Urquiza, Coghlan, Saavedra, no, una mujer embarazada, no, lo siento, una mujer embarazada no, ayer por acá se perdió un señor mayor, no una mujer, Núñez, Belgrano, Colegiales, Villa Ortúzar, Chacarita, Villa Crespo y Palermo, ese barrio enorme que le lleva todo un día preguntar, todo un día llorar. A la semana siguiente repitió el itinerario desde el inicio, esta vez pegando carteles, con su número telefónico, las señas de Claudia, y la promesa de una recompensa. Los amigos comenzaron a aparecer, a preocuparse. Los alejó, consciente de que quizás lo estuviesen vigilando a él también. Al mes, perdió su trabajo. Siguió transcurriendo el tiempo y al año, en el mayo siguiente, no sucedió nada. Vino 1981, también, y lo único que Eduardo podía afirmar con certeza era su sentir de algo ausente, dentro de sí, en perpetuo crecimiento. Otro año, 1982. Todavía seguía encerrado en el mundo, sin que la casa lo acogiese, todavía los recuerdos de un desayuno, la escobilla

dental de Claudia en el mismo sitio y 1983, con la noticia de que se iba a enjuiciar a los militares de la dictadura, en un Tribunal Civil, por primera vez en la historia. Siguió con un tibio interés los procesos, con una rabia sorda. Hasta la mañana del 30 de abril de 1984, vegetar en la sala con la radio encendida, y el nombre de Claudia Vázquez como un golpe tremendísimo, salir como una exhalación rumbo al Palacio de Tribunales, un taxi hasta Talcahuano y ahí rumbo norte, penetrar en el edificio clamando el nombre, Ángela, y ser dirigido, al fin, a una oficina donde lo esperan, pase, por favor.

Ángela lo reconoce, tiene que sentarse, pedir un vaso de agua, disculpe todos estos años, no sabía cómo buscarlo, nos habremos visto en los pasillos de la Universidad dos o tres veces, no más. No importa, le responde Eduardo, ya, ya pasó. La pequeña lo mira con fijeza, él no lo puede creer, la nariz aguileña, los mismos rizos negros, la misma boca afilada, es una reproducción, una idea en desarrollo de Claudia en la calle Rivadavia, comprando alfajores, degustándolos con éxtasis, el mismo gesto, la misma manera de ladear la cabeza, aquel día del tropiezo en Junín contra el bordillo de la acera y llevarla en andas por media ciudad, como novios que atraviesan decenas de umbrales, papá, y entonces el llanto esta vez suyo, un llanto de hombre adulto que ha sufrido hondo, la levanta del suelo y la aprieta fuerte, como si con el abrazo pudiera conjurar el tiempo perdido, ese tiempo ultimado de Claudia y ya no más risas en el boliche de Crisólogo Larralde, ya no más atardeceres en su patiecito de Flores, no más transitar Jachal buscando un banco donde sentarse y a la vez sí, porque esa niña que ahora abraza contra el pecho es una mitad Claudia, una mitad él y una mitad ella misma, y en esas tres mitades Eduardo entiende que la búsqueda de todos esos años se terminó, abandona el Palacio de Tribunales, atraviesa tres meses de tiempo como una jalea de felicidad y en una dulcería de la Plaza de Mayo, la pequeña le reclama que compre algo para sí, que no importa que a él no le guste el caramelo de limón, si hay de varios sabores. Mira la vitrina, a los

mismos rizos negros, a la misma boca afilada, sonríe. Ya no está encerrado en el mundo, ya pueden volver a casa. Yo quiero tutilifioqui, y eso ya lo tengo, aquí, qué caramelo es ese, no, amor, no es un caramelo, es una palabra que me decía tu mamá, y comienza a llover, la lluvia puta, no dig s pu etas, Eduardo, que te va a escuchar, toma a su hija de la mano, y ahora te explico qué significa tutilifioqui, Vida.

Pseudónimo: Link